Invasión de langostas

Si te tienen confianza te dan las llaves de la casa. Vos entrás, hacés tu trabajo y te vas. Estás solo, y como por lo general no hay cámaras que puedan delatarte, sería fácil robar cosas de valor sin que se supiera que fuiste vos, como la vez en que tuve la tentación de meterme en el bolsillo aquel fajo de dólares dejados descuidadamente sobre la mesa de la cocina -casi como para poner a prueba mi honestidad- y que allí se quedaron intocables, porque uno vive de este oficio y siempre es mejor que vuelvan a llamarte para darte otro trabajo a que te hagas de una gran suma de dinero y pierdas a ese cliente y a todos con los que pudiera llegar a recomendarte.
Si la obra a realizar es grande y el inmueble está deshabitado, uno se queda las llaves durante quince días o un mes pero si se trata de pequeños arreglos, te las dan cuando salen por si tenés que ir a comprar algún material, tal como sucedió en la casa a la que vine a trabajar hoy.
-Queda mi hijo durmiendo en su dormitorio -alcanzó a decir antes de marcharse.
Pared empapada, piso encharcado, caño que perdía. Olor a encierro y humedad. Escasa iluminación de lámpara que pendía del techo y dañaba los ojos. Sótano. Paredes de viejos revoques descascarados. Maceta y cortafierro hasta dar con el foco, con la herida de óxido y el agua escapándose.
Golpe tras golpe estaba hasta descubrir el caño, cuando vi al hijo de la dueña de casa que venía bajando por la empinada escalera. Su andar era inestable, casi como si se bandeara de un lado a otro igual que un pingüino o como si rengueara de los dos pies. A juzgar por su altura tendría unos diez o doce años y mientras caminaba hacia mí, noté por sus facciones que era un chico con síndrome de down. Se sentó en un banco y me observó durante largo rato a puro silencio. Ni siquiera dijo hola o buen día al entrar, así que lo miré de manera esquiva y continué con mi trabajo.
Siempre me desagradaron los down, siempre me provocaron repugnancia aunque no fuera capaz de explicar la procedencia de ese sentimiento. Era como un mandato que brotaba en mí con solo verlos, una aversión ingobernable que alcanzaba a relacionar con ese aspecto monstruoso de cabezas pequeñas y redondeadas, narices chatas, ojos achinados y esos asquerosos cuellos anchos y cortos, que interpretaba como signos del retraso mental que padecían. No sentía ese rechazo con otro tipo de retrasados, casi seguramente por tratarse de trastornos cognitivos que no tenían una manifestación física que los identificara. Los down en cambio tienen ese correlato deformante, como globos y guirnaldas colocados en la fachada para que la anomalía genética sea claramente identificable.
Había leído en alguna parte que eran muy tiernos y necesitados de afecto aunque no me era posible imaginar, que esa característica iría a traducirse en que este chico, se me acercara y comenzara a frotar su cuerpo contra el mío como los gatos mimosos cuando pasan caminando cerca de tu pierna. La piel se me erizó hacia adentro y varias líneas de pensamiento me taparon como alud informativo, reduciendo el espacio en mi mente. La primera idea que logré desenhebrar fue el peligro de lastimarlo mientras trabajaba, la posibilidad de pegarle un macetazo si permanecía en ese lugar. Le pedí entonces que se corriera, que volviera al sitio en el que estaba sentado, cosa que hizo no sin antes, restregar una vez más su perfil sobre el mío.
Cuando el muchacho notó que ya no usaba la maceta y estaba concentrado en

colocar el disco en la amoladora para cortar el caño, se acercó hasta pegarse nuevamente a mí. Su hombro izquierdo se franeleó contra mi antebrazo y su mano derecha se tornó caricia sobre el muslo de una de mis piernas. Le expliqué de buenas maneras que por favor se retirara, que así no podía realizar mi trabajo y como si no le importara lo que le decía, su mano fue subiendo desde el muslo a mis genitales. En ese momento tuve una reacción involuntaria, refleja, empujándolo para alejarlo de mí en el exacto momento en que su madre abría la puerta del sótano.
-¡¿Cómo se atreve a maltratar a mi hijo!? -gritó con tremenda indignación.
-Discúlpeme señora... le dije más de una vez, de buenas maneras, que si estaba arriba mío acariciándome...
-¡Y encima pretende explicarme! ¡Es el colmo! Esta es mi casa...¿cómo se atreve?
-Sé que no estuvo bien, ya le pedí disculpas, pero yo vine a trabajar aquí, no a cubrir las necesidad de afecto de su hijo. No me parece bien... no soy amigo de la familia ni un familiar cercano...
-¡Eso no lo autoriza a empujarlo -replicó mientras caminaba hacia mí sin sacarme los ojos de encima! ¡Tanto lío por unas caricias! ¿Usted sabe lo que es sentirse despreciado siempre?
-Como viene la mano, lo mejor es que dejemos el trabajo por aquí -dije tratando de salir lo mejor posible de la situación. Me disculpo nuevamente si hice algo que le molestara y haga de cuenta que ni vine por aquí y no me debe nada. Lo mejor es que usted se busque otra persona que le haga el trabajo.
El muchacho, caído en el piso, lloraba con entrecortado nerviosismo y ella, sin dejar de verme con furia, fue a consolarlo con un abrazo. Yo, junté mis herramientas y comencé a subir las escaleras del sótano para dirigirme a la puerta de salida de la casa.

La pálida blancura de la habitación era débilmente interceptada por el cortinado verde que cubría las ventanas y la faja de madera marrón que servía de apoyatura a una larga serie de interruptores y tomacorrientes. Después, mesas, artefactos, focos, sábanas y tiempo. Minutos eternos de observación del recién nacido, de voces susurradas. Tardanza en ponerlo sobre mis brazos ansiosos con esa carita que ya noté rara, de rasgos anómalos.
Lloraba como cualquier bebé y me buscaba con su mirada pero algo en mi interior puso un freno en seco. Algo como un grito de socorro, como si el alma no pudiera respirar, como si me faltara el aire en el fondo de una piscina y no pudiera subir a la superficie. Yo no quería a ese bebé, no había soñado con él. Nadie desea un hijo deforme cuando hace planes para traer una nueva vida al mundo. Ni con distrofia muscular, un solo ojo en la cara o síndrome de down. Cuando una se embaraza sueña con un chico sano y si es posible, embebido de potenciales virtudes. No espera una personita con problemas que tendrá una vida difícil y que hará difícil la vida de sus progenitores, instalando de arranque el conflicto del deber, de la convención social que obliga a cuidarlo y protegerlo aun cuando hasta se ha llegado a pensar en formas de deshacerse de él.
Por puro mandato moral se termina aceptando la mala estrella y la larga serie de complicaciones desgastantes que trae como pan abajo del brazo, y

entonces hay que maniobrar en busca de soluciones cuando el bebé no reclama el pecho, o contactar fonoaudiólogos y otros especialistas cuando comienza a manifestar dificultades para hablar, caminar y alimentarse.
Iniciada la etapa de socialización, el trabajo se agiganta y ya no depende solo de una hacerlo llegar a buen puerto, ya que la discriminación de la sociedad - esa misma que obliga al progenitor a ocuparse de él, y que como colectivo, se desentiende de esa reponsabilidad y pone distancia- termina acrecentando el problema. Escuelas públicas donde se burlan de él, escuelas especiales donde las otras discapacidades nunca son tan graves como la de Mauricio o pertenecen a una categoría menos infame y que debido a esa noción, la socialización fuera de la escuela no pueda realizarse porque los padres de esos otros muchachos no habilitan el contacto. Que no pueda hacer amigos porque nadie lo quiere cerca, que como si fuera un bicho intergaláctico, todas las miradas se encaminen hacia él cuando se lo lleva a un circo, al cine, a un parque, y que tenga que vivir encerrado, apenas saliendo a clubes donde concurren solo muchachos de su misma condición.
Y como en la convivencia obligada va naciendo un afecto y se aprende a querer al muchacho contra todo, ese desprecio se acaba sintiendo en carne propia, y se vuelve odio a veces, y hasta una invasión de langostas deseosas de devorar toda la cosecha.

Cuando volví a ver al hombre que estuvo trabajando en casa el otro día, cerré los ojos, me dí varias palmadas en la sien como para despabilarme y enjuagar esa mirada errada, y al volver a abrirlos, una especie de rubor, como si mi cuerpo se desarmara piel adentro, me recorrió igual que caravana de hormigas antes de que llegue la lluvia. No podía estar pasando. No podía ser que fuera él.
Decidí seguirlo para despejar toda duda. Llevaba su valija de herramientas, el mismo uniforme azul y las mismas largas patillas hasta el lóbulo de la oreja. Para verle bien la cara crucé a la vereda de enfrente y aceleré el paso hasta alcanzarlo. En cierto momento se detuvo, golpeó la puerta de una casa y mientras esperaba que le abrieran, sacó su celular, dio algunos pasos en círculo y al levantar el rostro y cruzar sus ojos con los míos, supe que era el mismo hombre, que no se trataba de una visión.
Nadie, supongo yo, espera encontrarse con situaciones que fuercen a mirar dos veces para confirmar que realmente está pasando lo que ve, que las imágenes no son mentidas. Situaciones que se pelean con la noción de realidad aprendida desde que uno llega a este mundo y confirmada a cada instante en rutinas diarias de escenarios esperables. Pensé que me estaba volviendo loca, que me había imaginado todo lo que había pasado el día anterior en el sótano. Así que me apresuré a llegar a casa para confirmar si la bolsa estaba en el lugar donde la había dejado, pensando en duplicaciones, resurrecciones y espíritus vengativos.
Al abrir la puerta, una nube negra me envolvió como tormenta de arena que se abrazaba a todo. El humo venía de la cocina, de la hornalla encendida que seguía carbonizando el contenido de la olla. En el piso, Mauricio, dando su pelea azul con el aire. "Otra vez la puta cardiopatía", me dije, mientras sacaba a mi hijo a rastras para subirlo al auto y llevarlo a la emergencia de la mutual.

Eventos fortuitos que ponen en espera lo que estabas por hacer. Odio eso. Ir en un sentido, tener un propósito en mente y que haya que posponerlo para atender situaciones inesperadas. Y que luego el destino siga abriendo tajos en la tela transparente de la realidad dando a luz otro nuevo hecho, y que al final aquel plan que traías en mente quede en estado de hibernación, metiendo presión mientras se vuelve imperativo ocuparse de otras cosas.
¿Sucedió o lo imaginé? ¿Realmente alcancé a pegarle con ese fierro en la cabeza mientras subía las escaleras del sótano para salir de casa? ¿Pasó que quedó muerto en el piso y tuve que meterlo en esa bolsa y que casi desfallezco arrastrándola hasta el galpón del patio? Las dificultades respiratorias de mi hijo y sus días internado en observación eran temas de los que había que ocuparse en primer lugar.
Cuando el médico le dio el alta y volvíamos a casa, decidí hacer una parada en el supermercado. Estaba sacando de la góndola lo que iba a comprar, cuando arrastrando un carro, otra vez lo veo venir. Ya era demasiado. Como si se tratara de una persecución, el sanitario que estuvo trabajando en casa se detiene casi frente a mí, toma un producto y teniéndolo ahí cara a cara, me pregunta algo sobre las calorías, que la letra era muy chica y él no podía ver.
Esto no es joda, me dije como si tanteara el arma en la cintura segundos antes de un duelo. ¿Me espera esta vida de aquí en más? ¿Tener que encontrármelo a cada rato en todas partes?
-Má -balbuceó Mauricio apretándome la mano con fuerza-, es el sanitario que estuvo trabajando el otro día en casa.
-Sí -dije.
-Pero...si yo ví cuando le pegaste y cayó muerto en el piso..¿Cómo puede ser que esté comprando cosas en el supermercado?
-No sé hijo, no sé.

En el mundo en el que vivimos está todo armado para que tengamos un miedo descomunal y no movamos ninguna ficha. Pero si la mano se decide, adelanta la ficha y se mete con lo prohibido, sabrá que no pasa nada, que no hay tantos controles como publicitan, que la ley es más fácil de esquivar de lo que se cree. Para entenderlo hay que tener la experiencia de atravesar la muralla que separa lo legal de lo ilegal. ¿Cómo saber lo que sucede del otro lado si uno se queda siempre en este?
Deshacerse de un cadáver, por ejemplo, no es una cosa tan complicada. Puede que la larga lista de soluciones ofrecidas en el cine a una no le cierren, y que pensando en la forma más apropiada de llevar a cabo el acto sin levantar sospechas, no se sepa qué hacer con el muerto que tiene adentro de la bolsa, y te invada una cierta cuota de ansiedad y preocupación. Cortarlo en pequeños pedazos con un sierra eléctrica no era para mi temple; hacer un pozo bien profundo donde tirarlo y taparlo con hormigón armado no era para mis fuerzas. Tampoco tenía un horno para cremarlo ni podía comprar la cantidad de ácido clorhídrico necesario para disolverlo en una bañera sin que alguien desconfiara.
Lo peor de todo es que ahora tenía dos cuerpos. Porque aunque no pueda explicar cómo fue posible que estando muerto acá en la bolsa, siguiera andando por ahí, era claro que había que matarlo nuevamente para que no me hinchara más los ovarios.

La información oficial niega que existan lugares clandestinos de enterramiento de residuos tóxicos pero recuerdo haber leído en una revista ecologista, denuncias sobre estos vertederos y sus ubicaciones geográficas. Así que subí a mi auto y fui a comprobarlo personalmente.
A una distancia considerable del desangradero, el olor penetrante y nauseabundo evidenciaba la existencia del lugar, y en la medida que iba haciéndose más potente, te arrastraba como cuerda atada a la nariz. Me sorprendió la ausencia de personal militar impidiendo el acceso a la zona y el ranchería que iba creciendo en número en la medida que iba acercándome al lugar. El poblado no tenía calles, solo surcos de tierra rojiza despellejada por ruedas de carros, camiones y automóviles por los que se avanzaba hasta un cerco de alambre aplastado o roto, y más allá, los campos putrefactos.
El pasto no crecía allí. Solo algún yuyo torcido de tallos resquebrados y un barro verdoso, y un gran lodazal aceitoso de espesos líquidos y velados vapores fantasmales que ascendían. Cualquier cuerpo que cayera allí, se hundiría sin dejar rastros y sin que nadie intentara ir a rescatarlo. Era el lugar apropiado. Y la noche, el mejor momento del día.

Ella sospechaba que tenía otra mujer y cuando aquella noche no apareció por la casa ni contestó sus llamadas, supuso que estaría con la otra. Al día siguiente tampoco tuvo noticias de él y aunque dio por seguro que había tomado la decisión de abandonarla, fue hasta el destacamento de policía a denunciar su desaparición.
En los días siguientes le contaron que no volvió a presentarse en su trabajo y que había dejado de ser visto en los lugares que frecuentaba, y cuando se enteró de que el hermano de su marido también había desparecido, sus ideas se reacomodaron y pensó que algo raro estaba pasando. No tenía la dirección exacta del último lugar al que había ido a trabajar, solo sabía calle y esquina, y golpeando una y otra puerta sin suerte, finalmente pudo dar con la casa. Le mostró la foto de su marido a la mujer que le abrió la puerta y le dijo:
-De casualidad, el hombre que ve en la foto. ¿estuvo trabajando en su casa hace unos quince días?
-Déjeme ver -dijo la mujer tomando la foto en una de sus manos-. Sí, es el sanitario que estuvo trabajando aquí. Reparó un caño que tenía una pérdida y se comprometió a volver para hacer un revoque que le había quedado pendiente, sin embargo, no ha vuelto a venir... Pensaba en llamarlo en estos días para que viniera a terminar el trabajo...¿Le pasó algo?